

¿Contratos con otras especies?*

Ricardo Rabinovich-Berkman**

*Ius naturale est quod natura omnia animalia docuit:
nam ius istud non humani generis proprium, sed omnium anima-
lium,
quae in terra, quae in mari nascuntur, avium quoque commune est.*
(Ulpianus, 1 Inst., Dig. 1.1.1.3)

Resumen

A partir de un párrafo de Ulpiano preservado en el *Digesto* justiniano, con la ayuda de fuentes clásicas, la consideración de abordajes antropológicos y etológicos, y la evidencia de hechos presentes, este artículo indaga en la dimensión de la idea de un *ius* común entre animales humanos y no humanos y la consecuente posibilidad de establecer contratos entre ambas especies.

Palabras clave: *ius naturale*, Ulpiano, animales no humanos, contratos inter-especies.

* Este trabajo continúa la línea de: Rabinovich-Berkman, Ricardo D., “Sobre las sociedades con otras especies”, en *Nuevos debates n filosofía y ciencia política*, Mar del Plata, Facultad de Derecho, 2015.

** Doctor de la UBA (área: Filosofía del Derecho); director del Departamento de Ciencias Sociales y profesor titular de cátedra (Facultad de Derecho y CBC, UBA); ricardorabinovich@derecho.uba.ar.

Contracts With Other Species?

Abstract

Departing from a paragraph of Ulpianus preserved in the Justinian *Digest*, with the help of classical sources, the consideration of anthropological and ethological approaches, and the evidence of present facts, this article explores the dimension of the idea of a common *ius* among human and non-human animals and the consequent possibility of establishing contracts between both species.

Keywords: Human Animals, Non-Human Animals, Contracts Between Species.

I. El hombre detrás del *ius naturale*

Uno de los conceptos más interesantes (y quizá menos profundizados) que nos han dejado, a través del *Digesto* justiniano, los grandes doctrinarios jurídicos romanos, es el de *ius* (expresión que, como he explicado en otros sitios, prefiero no traducir por “derecho”)¹ *natural*.

En su texto completo, el párrafo que he colocado como epígrafe de este humilde trabajo, dice: “El *ius natural* es aquello que la naturaleza enseñó a todos los animales: porque este *ius* no es propio del género humano, sino que es común a todos los animales, los que nacen en la tierra, los que [nacen] en el mar, y también las aves. De aquí desciende la conjunción del marido y de la hembra, que nosotros llamamos matrimonio, de aquí la procreación de los hijos, de aquí la educación: vemos, en efecto, que también los demás animales [*cetera quoque animalia*], hasta las fieras, se gobiernan por el conocimiento [*peritia*] de este *ius*” (*Digesto* 1.1.1.3).

1. Rabinovich-Berkman, Ricardo D., *Derecho romano*, Buenos Aires, Astrea, 2001, pp. 117-138; Rabinovich-Berkman, Ricardo D., *Derecho Romano para Latinoamérica*, Quito, Cevallos, 2006, pp. 115-143.

Se trata de un párrafo que los compiladores del *Digesto* aducen haberlo extraído del Libro 1º de las pérdidas *Instituciones* de Ulpiano. Es decir, del jurista que probablemente se llamara *Gneo Domicio Annio Ulpiano* (Gnaeus Domitius Annius Ulpianus) y hubiera sido destacado discípulo del célebre Papiniano (“el príncipe de la jurisprudencia”).

La biografía de Ulpiano es extremadamente misteriosa. Casi nada se conoce de ella a ciencia cierta, y su reconstrucción solo puede plantearse de un modo muy hipotético y parcial.² Es probable que haya nacido en Tiro, Fenicia, entonces parte de la provincia de Siria (también Papiniano era sirio, según parece).

Ulpiano habría nacido sobre 170, durante la primera década del principado de Marco Aurelio, el gobernante filósofo. Al parecer, desempeñó funciones públicas (como era normal entre los hombres de derecho destacados de entonces) durante la declinación final de la dinastía Antonina y el gobierno de los Severos.

Concretamente, Ulpiano habría comenzado a trabajar bajo la égida de su maestro, en el principado Cómodo, el problemático hijo de Marco Aurelio. Habría tenido cargos públicos durante el rígido gobierno posterior del militar bereber Septimio Severo. Pero su situación habría cambiado en los complicados tiempos de Caracalla, el vástago de Septimio; este, como es sabido, promovió, a poco de asumir, la condena y ejecución de su hermano y cogobernante Geta. A consecuencia de ese episodio (por negarse a justificarlo públicamente con argumentos jurídicos), habría sido decapitado Papiniano.

Seguramente, este ominoso escenario hizo recomendable a Ulpiano alejarse del gobierno (y tal vez de Roma) por un tiempo. Quizás regresó a su tierra natal. Porque de ese período más descansado dataría la mayor parte de sus obras. Sin embargo, parece que ya estaba de nuevo en la función pública durante el breve principado de Heliogábalo (218-222).

Pero Ulpiano se habría vinculado especialmente al joven Alejandro Severo, cuya rama de la dinastía (a la que también pertenecía Heliogábalo, que lo había adoptado) era originaria de Siria como él. Al asumir Alejandro el principado (en plena adolescencia), Ulpiano se habría convertido en su

2. Seguiré aquí la muy buena línea de reconstrucción crítica que formula el blog *Histórico Digital* (<http://historicodigital.com/ulpiano.html>) visitado en abril de 2018.

consejero y alto funcionario (de hecho, el poder estaba en manos de la poderosa abuela del príncipe, Julia Mesa, y su madre, Julia Mamaea).

Las nuevas tareas públicas de Ulpiano, y sus ideas, lo habrían llevado a ganarse la enemistad de los pretorianos. Al parecer fue en el curso de una rebelión de esta peligrosa fuerza que Ulpiano habría sido asesinado, sobre 228. Suele considerarse que a su influjo se debieron las políticas seguidas durante este gobierno, que constituyeran un cierto remanso en una era turbulenta. Pocos años después, Alejandro sería ultimado también, con lo que terminaría la dinastía Severa (y puede considerarse que, de hecho, el Principado también).

Ulpiano es el jurista más citado en el *Digesto* de Justiniano. Los textos que se le atribuyen, dentro de lo que puede esperarse de las recopilaciones realizadas por Triboniano y su equipo, muestran una profundidad interesante y una buena formación filosófica, con elementos aristotélicos y estoicos. Su estilo literario, además, es agradable, y el latín que emplea es muy nítido.

Como se sabe, los compiladores tenían el permiso u orden imperial de no respetar las obras de las que extraían los textos. En cambio, debían actualizarlas, limarlas y compatibilizarlas con las demás partes del complejo. También les cabía depurarlas de sus resabios paganos y de las ideas democráticas, que a veces traían, especialmente si sus autores habían vivido en el período antonino, donde se respiraba cierto aire republicano.

Pero lo peor, probablemente, haya sido el retiro de los párrafos de sus contextos. Como el resto de las obras de las que fueron extraídos a menudo se perdieron (tal lo sucedido con este libro de Ulpiano), la interpretación de los segmentos recopilados cayó a veces en graves tergiversaciones en manos de los exégetas de los siglos posteriores.

II. *Cetera animalia*

El texto de Ulpiano que hemos traducido en el acápite anterior parecería contener, a primera vista, una burda humanización de los “demás animales”. Al estilo de la actitud de los autores de fábulas, tan comunes en el mundo grecorromano. Desde esa perspectiva, su postura pecaría de una notable superficialidad.

Una mirada más detenida y aguda permite, sin embargo, replantear esa valoración. De hecho, frente a los conocimientos de que se dispone

desde hace pocos años, con relación al comportamiento de ciertos animales, el párrafo cobra una dimensión admirable, y una actualidad pasmosa.

Hoy, se presenta como algo asombroso que Ulpiano sostuviera estas ideas a principios del siglo III. Y no puede dejar de felicitar a Triboniano y sus juristas colaboradores (y al emperador mismo) por escoger este segmento, preservarlo, y colocarlo en un sitio privilegiado, al comienzo del *Digesto*.

En nuestros días, nos maravilla la afirmación del jurista sirio, tanto como su rescate por parte de los compiladores bizantinos. Porque ninguno de ellos (ni, que se sepa, cualquier otro europeo) había visto jamás un simio antropoide (es decir, un orangután, un gorila, un chimpancé o un bonobo).

Pueden hallarse varias referencias en fuentes antiguas a los micos, a los monos pequeños. Pero ninguna de esas menciones parece involucrar a un homínido. Lo cual es lógico, porque no había existido contacto europeo o asiático con las áreas donde estos animales habitaban.

Parece que la primera mención documentada de los grandes simios no humanos se produciría con la llegada de los portugueses al África subsahariana. Recién a principios del siglo XVI, el navegante y geógrafo Duarte Pacheco Pereira habría descrito a los chimpancés en su diario de viajes.

Lo que más le impactó al lusitano fue la habilidad de los chimpancés de construirse herramientas rudimentarias y emplearlas. Se trataba, fundamentalmente, de las ramitas peladas y alisadas con esmero, usadas por estos simios para atrapar y extraer insectos de hormigueros y termiteros.

Más de cien años después de los escritos de Pacheco Pereira, los primeros miembros de esa especie de primates serían llevados a Europa desde Angola. Pero apenas como obsequio para príncipes, y no para su exhibición pública, a cuyo efecto deberían pasar muchas décadas más aún.

Entonces, si Ulpiano y los bizantinos no estaban pensando en los grandes simios antropoides, ¿en qué “otros animales” estarían pensando a la hora de formular aquella afirmación extraordinaria?

Por cierto, no lo dijeron. Pero quizás tuvieran en mente a los lobos, tan presentes en la cultura romana. Esa especie gregaria parece haber apasionado desde épocas muy tempranas, para bien o para mal, a los europeos y a los meso-orientales.

Existen muchas teorías respecto de esa relación. Entre ellas hemos de destacar, a continuación, la que sostuviera recientemente la estadounidense Pat Shipman.

III. Los lobos, maestros y socios

El sustento, en la cuna africana de nuestra especie, debe haber sido más sencillo. Podría haberse limitado a la tranquila recolección de frutas y de hierbas, sumada a la ingesta de pequeños animales, fáciles de atrapar, e insectos. Quizás sea ese escenario cálido y holgado la base real de todas las mitologías sobre el Jardín del Edén, los Campos Elíseos o similares. Un sitio lejano, irremediabilmente (y sin necesidad) perdido para siempre, donde no era menester esforzarse para comer ni cubrirse del clima hostil. Deberíamos repintar a Adán y Eva, entonces, con la piel negra.³

Las razones por las cuales nuestros antepasados se fueron alejando del corazón de África no son ni remotamente claras. No debieron haberlo sido tampoco para sus más cercanos herederos, a juzgar por lo complejo y exótico de las narraciones sobre la “caída” del Paraíso. Historias que, invariablemente, denotan un obrar irracional, francamente estúpido. No resultaba fácil, al parecer, justificar el abandono de aquellas selvas generosas para adentrarse en una aventura de flacas perspectivas. Tal vez aquellas mitologías rescaten la verdad: que nuestra especie, desde sus inicios, ha actuado con bastante escasa racionalidad, mal que nos pese.

Probablemente el enorme Sahara estuviera atravesando entonces por una de sus fases húmedas, que se han verificado, al parecer, de modo periódico, desde hace millones de años.⁴ Ya a mediados del siglo XIX el alemán Heinrich Barth había descubierto en pleno desierto las primeras piezas de

3. La hipótesis del origen africano de la tradición edénica ya fue férreamente sostenida por el célebre antropólogo escocés James G. Frazer en 1926 (*The Worship of Nature*, Nueva York, Macmillan, I). En 1933, la retomó en un ensayo (*The African Origin of the Myths and Legend of the Garden of Eden*) que puede verse en <http://www.nbufront.org/MastersMuseums/JGJackson/AfricanOriginsOfMyths.html> (visitado en abril de 2018) el erudito africanista John G. Jackson. En lo personal, voy más lejos: no solo planteo como hipótesis el origen africano del mito, sino que el Edén es una representación fantástica del África original de nuestra especie.

4. De Menocal, P. B., Tierney, J. E., “Green Sahara: African Humid Periods Paced by Earth’s Orbital Changes”, en *Nature Education Knowledge*, 3(10):12, 2012 (consultado en <https://www.nature.com/scitable/knowledge/library/green-sahara-african-humid-periods-paced-by-82884405> en abril 2018).

arte rupestre sahariano.⁵ Hoy se conoce al menos una docena de sitios arqueológicos en el Sahara con piedras pintadas o talladas, algunos de ellos en extremo riesgo y otros ya desaparecidos.⁶

Si bien las evidencias más antiguas no superarían los 15.000 años, podrían perfectamente indicar condiciones anteriores, correspondientes a los períodos de cruce de los grupos humanos provenientes del África central. Las imágenes nos muestran un Sahara completamente diferente del actual, con lagos, prados y gran cantidad de animales. Los humanos aparecen cazándolos con hachas, palos y arcos. Todo parece indicar culturas nómadas de cazadores, como muy probablemente lo fueran, unos milenios antes, los grupos que migraran hacia el norte.⁷

Algunas de estas obras rupestres muestran algo que podría vincularse con lo que veremos a continuación. Los cazadores aparecen con cabezas de perro. Más claramente aún, se observan grandes canes participando activamente en la cacería junto a los humanos.⁸ Porque los grupos que habían salido de las selvas centrales habrían ido desarrollando, a lo largo de su lenta migración hacia el norte, el arte de la caza, indispensable para sobrevivir en esos nuevos escenarios.

La antropóloga Pat Shipman (nacida en 1949) es profesora de la Universidad del Estado de Pennsylvania. Tras haber publicado varios libros sobre diversos temas, pasó en 2011 a dedicarse a la relación entre los humanos primitivos y las demás especies animales. En *The Animal Connection, a new perspective on what makes us human (La conexión animal, una nueva perspectiva sobre lo que nos hace humanos)*⁹ desarrolla como tesis la importancia visceral que habría tenido, en la construcción de nuestra cultura, la vinculación con los restantes animales.

5. Barth, Heinrich, *Travels and Discoveries in North and Central Africa*, Nueva York, Harper, 1857.

6. La “Association des Amis de l’Art Rupestre Saharien” (Asociación de los Amigos del Arte Rupestre Sahariano), fundada en 1991, publica en forma periódica la *Carta (La Lettre)* y los *Cuadernos (Les Cahiers)*, dedicados al tema (http://aars.fr/publications_en.html visitado en abril 2018).

7. Mori, Fabrizio, *The Great Civilisations of the Ancient Sahara. Neolithisation and the earliest evidence of anthropomorphic religions*, Roma, L’Erma, 1998, *passim*.

8. Montañas de Akakus, Libia (<https://africanrockart.org/rock-art-gallery/libya/?lang=es>).

9. Nueva York, Norton, 2011.

Central a esta obra es la idea de un intercambio, especialmente con algunas especies. Un aprendizaje mutuo. Shipman parte de algunos factores obvios (que suelen ser los que más desapercibidos pasan), como la fascinación que los animales ejercieron sobre nuestros ancestros, plasmada en el arte arcaico, infinitamente más dedicado a representarlos a ellos que a los paisajes o a elementos vegetales.

Cuatro años después, estos abordajes cuajaron en su apasionante libro *The Invaders, How Humans and their Dogs drove Neanderthals to Extinction (Los invasores. Cómo los humanos y sus perros llevaron a los neanderthales a la extinción)*.¹⁰ En esta obra, Shipman sostiene que el dominio de Europa y las regiones aledañas ya ocupadas por el “Neanderthal” (*homo neanderthalensis*) le habría sido arrebatado por parte del inmigrante *homo sapiens* gracias a la pronta alianza de este con algunos grupos de lobos.

El *neanderthalensis* cazaba grandes mamíferos. Como viéramos, el *sapiens*, a su llegada al norte de África, el Medio Oriente y Europa, también. Claro que el *neanderthalensis* debía tener más experiencia, porque llevaba mucho tiempo ya (unos 200.000 años) habitando aquellas regiones frías. En cambio, el *sapiens* llegaba mucho después, unos 50.000 años a.C. Sus posibilidades de ganar al *neanderthalensis* el espacio que este dominaba (y que no daba como para sustentar a ambas especies) hubieran parecido, a primera vista, escasas.

Pero, según Shipman, sobrevino entonces la gran alianza. En algún momento, grupos de humanos y de lobos (que también cazaban esas mismas presas), quizás por razones fortuitas, habrían ido pasando, en ocasiones concretas, de la competencia original a una forma de sociedad.

Se ignora realmente, agregamos, cómo tuvo inicio la asociación que llevaría a la domesticación de esos lobos (de una especie extinta, antepasada del perro y del actual lobo gris, pero aparentemente no de los demás lobos hoy existentes).¹¹ Podrían plantearse, en principio, dos hipótesis plausibles:

10. Cambridge, Harvard, 2015, *passim*.

11. Hoy predomina la hipótesis, basada no solo en la evidencia tradicional (arqueológica) sino ya en los estudios genéticos, de dos procesos de domesticación, uno europeo y otro asiático (Botigué, Laura *et al.*, “Ancient European dog genomes reveal continuity since the Early Neolithic”, en *Nature Communications*, 8, 2017, <https://www.nature.com/articles/ncomms16082>; Frantz, Laurent A. F. *et al.*, “Genomic and archaeological evidence suggest a dual origin of domestic dogs”, en *Science*, 352, 2016, pp. 1228-1231).

la recogida de lobeznos pequeños y su cría, o el paulatino acercamiento de adultos a los grupos humanos.

Esta segunda posibilidad podría haberse dado en dos marcos: un seguimiento de los conjuntos humanos por parte de manadas de lobos (para comer los restos de sus cacerías) o el desarrollo de una mutua participación. Esta última hipótesis parece mucho más creíble, porque los cánidos habrían sido superiores en técnica y experiencia a los humanos en el campo de la cacería. Además, estaban naturalmente mejor dotados.

Tanto para cansar y acosar a los grandes mamíferos apetecidos por ambas especies, como para protegerse mutuamente después, a la hora de comer, de los demás carnívoros, la alianza se habría probado eficaz. Al menos mientras hubiera alimento para todos, no se presentarían problemas. Y normalmente lo habría, porque los grupos eran reducidos, y no había modo de conservar la carne.

Regresando a la propuesta de Shipman, dos resultados evolutivos habrían derivado de esta alianza remota, que la autora sitúa hace alrededor de 30.000 años.¹² El más obvio sería la paulatina transformación de algunos lobos domesticados en perros (y de perros salvajes en domésticos, agregamos). El otro, asombroso y menos esperado, sería el crecimiento de la membrana esclerótica (el blanco del ojo) en relación al iris.

El humano es el único homínido que presenta esa conformación. Su origen evolutivo estaría relacionado directamente con una optimización de la comunicación no verbal.¹³ Ese intercambio requeriría extremos de velocidad en la cacería. Los perros reconocen las señales hechas con los ojos por humanos (no las hacen entre ellos). De modo que, tal vez, si la tesis de Shipman es correcta, nosotros hicimos a los perros domésticos, pero los perros también nos hicieron a nosotros.

12. La datación es coherente con el artículo de Germonpré *et al.* sobre el “perro belga”, espécimen de alrededor de 34.000 años de antigüedad (Germonpré, M., Sablin, M. V., Stevens, R. E., Hedges, R. E. M., Hofreiter, M., Stiller, M., Despres, V. R., “Fossil dogs and wolves from Palaeolithic sites in Belgium, the Ukraine and Russia: osteometry, ancient DNA and stable isotopes”, en *Journal of Archaeological Science*, 36(2), 2009, pp. 473-490). También con los trabajos citados en la nota anterior (que permitirían, inclusive, atrasar la fecha hasta cerca de 40.000 años).

13. Tomasello, Michael, Hare, Brian, Lehmann, Hagen, Call, Josep, “Reliance on head versus eyes in the gaze following of great apes and human infants: the cooperative eye hypothesis”, en *Journal of Human Evolution*, 52, 2007, pp. 314-320.

En este punto, separándome de la idea de Shipman, pero a partir de ella, me pregunto si los lobos no nos construyeron (sin saberlo) no solo en cuanto a la conformación de nuestros ojos, sino además en aspectos culturales de enorme trascendencia. Estamos por completo en el terreno de las hipótesis, por supuesto. Pero quizá los lobos, con su ejemplo, enseñaran a nuestros antepasados sus antiguas estrategias de cacería, que su especie llevaba muchos milenios perfeccionando.¹⁴

Hubiera sido prácticamente imposible, para los humanos, acoplarse en la caza conjunta con los lobos sin adecuar sus acciones a las de sus aliados. Vencer a los gigantes y peligrosos mamíferos que proveían la fuente de alimento en ese entorno, con armas muy elementales (en el caso de los lobos, suplidas por sus garras y dientes) no era cuestión de fuerza sino de estrategia. Se requería un meditado trabajo de acoso y cansancio de la presa para poder matarla. Un grupo anárquico de cazadores jamás hubiera tenido posibilidades de éxito.

Aquellas estrategias de cacería involucraban, de modo esencial, la obediencia a un jefe. Entre los lobos, suele destacar el que hoy denominamos “macho alfa”. En los estudios de la primera mitad del siglo XX, se tendió a entender ese liderazgo como autocrático. Sin embargo, actualmente la consideración ha cambiado mucho. Sobre todo, porque se ha podido (como sucede con otras especies de mamíferos) dar comienzo a la compleja y cansadora observación sobre grupos en libertad, ayudada por la tecnología de que hoy se dispone.

El comportamiento de los grupos de lobos libres en sus ambientes naturales (o en grandes reservas) muestra una enorme diversidad. Sin embargo, estudiosos especializados como Jane M. Packard (Texas A&M University) tienden a considerar que se verifican liderazgos fuertes. Estas jefaturas, ejercidas por un macho (generalmente reproductor del grupo) o por la pareja progenitora, se hacen evidentes por las actitudes de los restantes miembros, que bajan la cabeza o realizan gestos de respeto con las patas delanteras, y esperan su turno para comer la carne de las presas.¹⁵ Empero, las decisiones

14. Mech, L. David, Boitani, Luigi (eds.), *Wolves: Behavior, Ecology, and Conservation*, Chicago, University, 2003, *passim* (pero especialmente los primeros seis capítulos).

15. Packard, Jane M., “Wolf behavior: reproductive, social and intelligent”, en Mech - Boitani, p. 60 y ss.

del líder pueden ser protestadas por los demás, y parece existir lo que el etólogo sueco Erik Zimen llamó, agudamente, una “democracia calificada”.¹⁶

Es notable hasta qué punto se presentan similitudes entre estas estructuras político-jurídico-sociales y las que se verificaban dentro de algunos grupos humanos que expresaban de diversas maneras su respeto, admiración o hasta veneración por los lobos, característicamente, las etnias germánicas, sobre todo nórdicas. El tipo de liderazgo que tendía a darse en estos pueblos también exhibía ese entramado de complejas relaciones jerarquizadas entre pares.

Considero que debería trabajarse más, por todo ello, alrededor de la hipótesis de que aquellos cánidos nos comunicaran (y nuestros antepasados las imitasen) sus construcciones político-jurídicas y sociales (quizás hasta la monogamia). Incluso, yendo más lejos, su forma de sucesión en el poder.

IV. La fraternidad con los delfines

Como es sabido, el *Digesto* se compuso en Constantinopla, en la primera mitad del siglo VI. Hacía media centuria apenas que se había truncado la división administrativa en dos partes del Imperio Romano. Bizancio, como cultura idiosincrásica, estaba aún en ciernes.

Ya había quedado claro, sin embargo, desde los antiguos días de la guerra entre Marco Antonio y Octavio, que la tradición llamada a predominar en esas regiones sería la helenística. Es decir, aquella cultura ecléctica, extraordinariamente integradora, con una base griega (sobre todo ateniense), moldeada por los grandes intelectuales de los siglos V y IV a.C. (sustancialmente, Platón y Aristóteles), que se había puesto en marcha con las conquistas de Alejandro Magno y se había consolidado bajo las dinastías fundadas por sus seguidores (los “diádocos”).

En ese legado cultural, había un sitio muy especial para los delfines. De modo que estos cetáceos podrían considerarse como otros candidatos plausibles para ser aquellos “otros animales” del texto de Ulpiano. Al menos, si no en la cabeza de ese jurista, sí en las de Triboniano, Justiniano y los compiladores bizantinos.

16. “Parece más que todos los miembros de la manada contribuyen en la toma de decisiones, pero no con la misma extensión. Es una democracia calificada” (Zime, Erik., *The Wolf, a species in danger*, Nueva York, Delacorte, 1981, p. 173 y *passim*).

En Constantinopla se hablaba el griego. En ese idioma, aquellos mamíferos acuáticos eran designados por la palabra *delfis*. El vocablo se vincula con *delfys*, que significa útero. Y con *adelphós* (“hermano”), término que literalmente hace referencia a la proveniencia de un mismo vientre materno.

Podría asumirse que esa vinculación onomástica entre el delfín y el útero hubiera derivado simplemente del descubrimiento empírico de que las hembras de estos “peces”, relativamente semejantes en sus formas a las de los otros (las ilustraciones antiguas de los delfines suelen mostrarlos cubiertos de escamas), presentarían sin embargo una matriz del tipo de la de los mamíferos terrestres.

Esa interpretación sería perfectamente plausible, pero partiría de una mirada física, limitada a tomar a los humanos como meros descriptores de formas biológicas. Existe, en cambio, la posibilidad de que subyaciera una idea de hermandad con los delfines.

Esa noción fraternal tendría raíces mitológicas. Los delfines aparecen vinculados, en las tradiciones griegas clásicas, con el dios Dionisos. Según una leyenda, este había transformado a un grupo de naufragos (en algunas versiones, unos piratas que lo atacaron) en los primeros delfines.

Sin embargo, ese salvataje divino no habría estado exento de contraprestación. Dionisos habría encargado a sus beneficiados la tarea de hacer lo propio con otros naufragos. De allí habría surgido la tradición que sostenía que estos cetáceos rescataban a las personas que se hallaban en peligro en el mar. Varios ejemplos de ello aparecían en los relatos folclóricos y poéticos. Otros se verían en las hagiografías cristianas.¹⁷

Aeliano (Claudius Aelianus, a veces también llamado Aelio o Elián) fue un romano contemporáneo de Ulpiano. Inclusive no sería raro que se hubiesen conocido. Escribió (en griego) un libro que se hizo muy famoso ya desde la época de su aparición. Fue llamado *Sobre la idiosincrasia de los animales* (*Peri zóon idiótetos*).

No sería nada extraño que Ulpiano hubiera leído esta obra. O bien que hubiese conocido, al menos, parte de su contenido. Es muy posible que los compiladores bizantinos del *Digesto*, por su parte, sí la tuvieran presente, porque para entonces ya era un clásico.

17. Catton, Chris, *Dolphins*, Nueva York, St. Martin, 1995, *passim*.

En el trabajo de Aeliano hay interesantes referencias a los delfines. Citaré un segmento en extenso, porque presenta mucho interés a los efectos de este artículo:

Y dice un bizantino, de nombre Leónidas, que vio por sí mismo, cuando navegó más allá de la Eólida, en la polis llamada Poroselene, un delfín domesticado, que vivía en el muelle y se trataba con todos como si fueran sus parientes. Y además agrega cómo él mismo vio que una pareja anciana lo alimentaba como a un hijo adoptivo, con succulentas comidas. Y sucedió que el hijo de la pareja anciana era criado junto al delfín, y por esto de ser criados juntos, fue creciendo el amor entre el humano y el animal [...].

En consecuencia, el delfín amaba a Poroselene como si fuera su patria, saludaba ese muelle como si fuera su propia casa. Y además pagaba por la comida a sus criadores. Y lo hacía del siguiente modo. Cuando hubo crecido, ya no necesitaba que le dieran de comer con la mano, sino que nadaba mar adentro. Y en sus expediciones en busca de presas, tomaba una parte para él y el resto lo traía a sus amigos. Estos lo sabían, y alegremente esperaban esa donación.

Esa era una manera, otra era la siguiente. Así como al niño, los padres adoptivos le dieron un nombre al delfín. Y el muchacho, con el coraje que resultaba de la crianza común, se paraba en algún punto que se proyectase hacia el mar y llamaba al delfín por su nombre, con palabras dulces. Ante ello el delfín, sea que estuviera corriendo carreras con un barco de remos o saltando y zambulléndose para burlar a los otros peces que por allí pululaban en cardúmenes, o cazando para paliar el hambre, subía a toda velocidad a la superficie, como un barco cuando barrena en las olas. Y, acercándose a su amado, hacía piruetas a su lado. Ora nadaría junto al muchacho, ora parecería desafiarlo y hasta lo induciría a correrle carreras. Y aún más asombroso: a veces llegaría a dejarse ganar y quedaría segundo, como si le hiciera feliz ser derrotado. Estos hechos eran comentados en otras partes, y aquellos que navegaban hasta allí los destacaban entre las excelentes atracciones que tenía esa polis para mostrar. Y para los ancianos y el muchacho, eran una fuente de ingresos (II.6).

Y prosigue Aeliano:

Hay historias que nos llegan de Eubea sobre pescadores que en esas regiones comparten su pesca con los delfines en partes iguales. Y se me ha referido que pescan de la siguiente manera. El clima debe estar calmo. Si así lo está, atan a la proa de sus botes unos braceros huecos con fuego dentro, tales que se puede ver a través de ellos, de modo que retienen el fuego sin ocultar la luz. Los llaman linternas.

Sucede que los peces se asustan del brillo, pero los atrae la claridad. Así que algunos de ellos, sin saber de qué se trata, se aproximan deseosos de averiguarlo, y al hacerlo se asustan. Aterrorizados, o bien se aglomeran cerca de alguna roca, temblando de miedo, o bien son lanzados a la orilla mientras se encuentran inmovilizados, como golpeados por un rayo. En esas condiciones, es muy fácil arponearlos.

Así que, cuando los delfines ven que los pescadores encendieron sus fuegos, se preparan para actuar. Y, mientras los hombres reman suavemente, los delfines asustan a los peces de alrededor y los empujan, evitando que escapen. Entonces los peces, presionados por todos lados y casi rodeados, entienden que no hay cómo huir de los hombres que reman y de los delfines que nadan. Así que se quedan donde están y son capturados en gran cantidad.

Y los delfines se acercan, como exigiendo los beneficios que se les deben por el trabajo común en la obtención de comida. Entonces los pescadores, leal y agradecidamente, entregan a sus camaradas de caza su justa porción, asumiendo que de ese modo desearán regresar de nuevo, veloces y sin necesidad de llamada, para ayudarlos. Porque estos labradores del mar están convencidos de que, si omitieran hacer así las cosas, se transformarían en enemigos de quienes sus amigos antes fueron (II.8).¹⁸

18. Traduzco del griego a partir de: Aelian, *On the Characteristics of Animals*, London, Heinemann, 1958, pp. 92-99. Confronto con la traducción al inglés de A. F. Scholfield, contenida en la misma edición.

V. O golfinho parceiro

Hasta allí Aeliano y su versión de la sociedad de los pescadores de Eubea con los delfines. Su relato, tan pormenorizado, fue a menudo considerado una leyenda. La propia actitud del escritor, que cuidó mucho no tomar partido y alejarse de la responsabilidad (son “historias que nos llegan de Eubea” y “se le han referido”) no ayudó mucho a su credibilidad. Sin embargo, hoy estamos en condiciones de revisar esa postura. Y las razones para ello no nos llegan de Grecia ni de la Antigüedad, sino de aquí cerca y ahora mismo.

En efecto, una asociación entre pescadores y delfines tiene lugar en la actualidad, en la localidad de Laguna, al sur de Brasil. Según un artículo aparecido pocos años atrás en un respetable medio de difusión científica, “un visitante puede tropezar con una vista extraña en Laguna, Brasil, si va a la playa. Aquí los pescadores locales confían en los delfines para ayudarlos con su captura anual de peces”.

Al parecer, “nuevas investigaciones han descubierto que solo un grupo local de alrededor de veinte delfines trabaja con los pescadores, mientras los otros delfines locales no cooperan, y encuentran otras fuentes de alimentación. Los investigadores no están seguros sobre qué es lo que separa a estos grupos”.

Prosigue el texto:

Los científicos han sabido que los delfines trabajan juntos para arrear cardúmenes de lisas (un pez que constituye una importante fuente de comida para los pescadores locales) hacia una línea de pescadores en botes o con el agua hasta las rodillas. Entonces los delfines señalan con movimientos especializados de la cabeza o de la cola cuándo y dónde los pescadores deben lanzar sus redes. La cooperación es útil para ambas partes...

Cooperación que llega al nivel de resultar imprescindible para la mutua subsistencia. Porque unos doscientos pescadores brasileños dependen casi totalmente de los delfines para obtener sus presas. Tal como aquellos de Eubea referidos por Aeliano, que temían incumplir su parte del acuerdo, porque entonces perderían a sus socios. O, mucho peor aún, estos se transformarían en sus rivales.

El investigador Fábio Daura-Jorge, de la Universidad Federal de Santa Catarina, explica que los pescadores reconocen, por sus marcas naturales, a

cada uno de sus socios delfines. Y agrega: “Los pescadores tienen nombres para los delfines cooperativos: estrellas particulares en esta cooperación son *Scooby* y *Caroba*, que han cooperado por más de 15 años”. Exactamente como aquel delfín de Poroselene, cuyo nombre desconocemos.

No deja de ser llamativo que los pescadores de Laguna escogieran el nombre de un famoso perro de los dibujos animados, Scooby-Doo. Más allá de las implicancias culturales hegemónicas que surgen de esta elección (y que son ajenas a este modesto estudio), puede notarse cómo, de un modo implícito, han realizado una identificación entre delfín y can.

Y esto último, si recordamos que los perros resultaron de adecuaciones evolutivas (“ayudadas” por el ser humano) de aquellos lobos socios en la cacería prehistórica, relaciona extraordinariamente ambas asociaciones inter-especies.

De acuerdo con los autores del mencionado trabajo, fueron identificadas

...tres redes sociales distintas entre los delfines de Laguna, con uno de esos grupos integrado enteramente por delfines cooperativos con los pescadores. Esta cooperación parece ser un comportamiento aprendido o heredado, ya que no hay nada en el entorno que impida a los otros delfines involucrarse en ella.

Es decir que no se trataría de una conducta instintiva ni compelida evolutivamente, sino que resultaría de una elección voluntaria de los delfines participantes. Esa opción estaría más condicionada en los delfines integrantes del grupo cooperativo. Se trataría, en fin, de una construcción cultural compartida entre dos especies, la de los delfines y la de los humanos.

El alto grado de interacción social característico de los delfines (así como el de los humanos, claro está) habría incidido en esta construcción cultural conjunta. “El comportamiento cooperativo puede haber pasado de la madre delfín a sus hijos durante el aprendizaje social”, explican los investigadores. Y, justamente, “es así como la tradición se propaga en la mitad humana del dúo: Los mayores de la comunidad enseñan a los pescadores más jóvenes cómo trabajar con los delfines”.¹⁹

19. Welsh, Jennifer, “Dolphins help Fishermen Catch Fish”, en *Live Science*, 1/5/2012 (<http://www.livescience.com/20027-dolphins-work-fishermen.html>), traducción nuestra del inglés (consultado en octubre de 2015).

Un artículo aparecido en Brasil sobre este mismo asunto agrega, citando a Luke McNally, del Theoretical Ecology Research Group (Trinity College, Dublín), que “tal comportamiento podría haber evolucionado desde los años ‘70, donde la demanda por **interacciones sociales complejas** habría llevado a tal evolución cognitiva”. Explica este trabajo que “aunque ambas partes obtengan su cuota de peces, es interesante notar que nunca hay un trueque directo de peces entre los delfines y los pescadores, ni se sigue un horario fijo”.

Recordemos que los pescadores de Eubea, según el relato de Aeliano, necesitaban que el mar estuviera calmo para trabajar con sus socios delfines. De modo que ellos tampoco habrían estado sujetos a horarios preestablecidos.

Cita esta reseña a Joe Roman, profesor de la Universidad de Harvard: “Los delfines trabajan en su propio tiempo, los pescadores muchas veces quedan de brazos cruzados en tierra, mientras los cetáceos no andan cerca”. Y concluye este biólogo especializado en cetáceos: “Fuera del caso de Brasil, tales interacciones **simbióticas**, donde especies salvajes y seres humanos son beneficiados, son raras [...] La mayoría parece ser lo que los biólogos llaman **relaciones comensales**, donde un lado se beneficia y el otro no gana ni pierde”.

“Esta forma única de pesca cooperativa viene aconteciendo desde hace por lo menos 120 años, conforme he comprobado por una carta del siglo XIX que mencionaba a los delfines especiales de Laguna. Pero nadie sabe exactamente cómo todo comenzó”, concluye el artículo brasileño.²⁰

He estado personalmente en la región de Laguna y he recibido testimonios directos acerca de esta sociedad inter-especies, cuyo funcionamiento se prolonga hasta el día de hoy. No solo llama la atención su similitud con las prácticas descritas por Aeliano, sino además los nexos entre estas conductas, vinculadas a la obtención de alimentos, y las que suponemos se desarrollaron en la prehistoria en relación con los lobos.

20. Florios, Daia, “Há 120 anos, golfinhos ajudam os pescadores de Laguna a pescarem”, en *Green Me*, 19/5/2015 (<http://www.greenme.com.br/informar-se/animais/1856-ha-120-anos-golfinhos-ajudam-os-pescadores-de-laguna-a-pescarem>), traducción nuestra del portugués (acceso en octubre de 2015).

VI. Revisita a Ulpiano

Podemos ahora regresar, desde otros puntos de vista, sobre el texto de Ulpiano. A la luz de las sociedades, pasadas y presentes, del ser humano con otras especies, su párrafo sobre el *ius naturale* adquiere una dimensión extraordinaria, que llena de asombro. Porque nadie en tiempos de Ulpiano ni de Justiniano tenía conocimientos de etología ni de antropología. No se hacían en estas áreas estudios de campo ni se dedicaban las personas a la investigación científica de los comportamientos de los animales.

La Bizancio del siglo VI, además, se declaraba militantemente cristiana. Es decir, defensora de la idea bíblica de la creación, que separa drásticamente al ser humano de los “animales”. Solo el humano es hecho a imagen y semejanza de Dios. Parecería que en este párrafo del pagano Ulpiano se les habría filtrado a los compiladores justinianos la cosmovisión grecorromana. O no se dieron cuenta, o bien no les importó. Porque el misterioso jurista sirio estaba proponiendo que los “demás animales” son “sabios” (*periti*) en un *ius*. Y que, basados en esa sabiduría (*peritia*), se gobiernan (*censeri*). Y que la naturaleza ha “enseñado” (*docuit*) ese *ius* a todos los animales, el ser humano (un animal) entre ellos.

¿Sería ese *ius*, entonces, el que permitió a los lobos y a los humanos cazar juntos? ¿Será porque comparten las construcciones de ese *ius* que los pescadores de Laguna, como antes los de Eubea, pueden trabajar en sociedad con los delfines?

Sin ese *ius*, según Ulpiano, sería imposible la unión de la pareja (*maris atque feminae coniunctio*), “que nosotros la llamamos matrimonio” (porque, podría decirse, no sabemos cómo la llaman los demás animales). Tampoco sería posible la procreación de los hijos (nuestro autor emplea el sustantivo *liber*, que es utilizado, normalmente, para los hijos de los ciudadanos romanos). Ni la educación.

¿Estaba esbozando Ulpiano una teoría antropológica del derecho? ¿Estaba insinuando que el origen de varias construcciones jurídicas que consideramos esenciales, como todas aquellas referidas, radica en nuestros orígenes “salvajes”, en el comportamiento “enseñado por la naturaleza” cuando éramos semejantes a los demás animales? Hoy nos podemos preguntar todo esto con nuevas luces.

Si Ulpiano venía de Siria, como tantos juristas destacados de entonces, al haberse formado en las últimas décadas del siglo II, es muy posible que

tuviera una educación helenística. En tal paquete pedagógico (también muy exitoso en Roma misma, ya lo prueban el propio príncipe Marco Aurelio y las ideas de otros autores contemporáneos, como Papiniano y Paulo) tenía un sitio preponderante el estudio de las obras de Aristóteles.

Sabemos que el filósofo estagirita había sido un apasionado de la biología, muy especialmente del estudio de los animales. Las comparaciones entre el comportamiento de ciertas especies y de los seres humanos, en su *Política*, pueden ser vistas como verdaderas anticipaciones de la etología. Aunque uno disienta con Aristóteles (como frente a sus estrambóticas teorías sobre la servidumbre natural o la inferioridad de la mujer), es muy difícil dejar de admirarse ante su capacidad de pensar profundamente.

Si el Estagirita hubiera vivido en nuestra época, quizá se hubiese considerado un biólogo y no un filósofo. Era de esperarse, pues, que a la hora de referirse al *anthropos*, lo considerase un *zoon*, un animal. Por un lado, como animal “político”. Es decir, que requiere de una *polis* (una comunidad social organizada) para concretarse en su esencia, tal como el pez necesita del agua y las aves voladoras del cielo.

Por otra parte, como animal “lógico”. Por dos razones: porque habla (los griegos no conocían ningún otro animal capaz de articular palabras), y porque razona. Esos son los dos sentidos principales de *logos* (palabra y razón). Así que el humano era, para Aristóteles, un animal de la *polis*, que habla y que razona. Pero un animal siempre.

VIII. Conclusión

Ver a ciertos animales como humanos transfigurados no es peculiar de los griegos ni apunta solo a los delfines. Los selk’nam de Tierra del Fuego tenían una hermosa leyenda sobre los lobos marinos en ese sentido. “Orangután” significa, en malayo, “hombre del bosque”. En las islas de Borneo y de Sumatra, de donde es originario este primate, se dice: “El orangután sabe hablar, pero se calla para que no lo obliguen a trabajar”.

Aquel viejo párrafo de Ulpiano, tantas veces citado, puede hoy, a la luz de la antropología, de la etología, de las investigaciones modernas y de un conocimiento más cabal y una interpretación más aguda de las fuentes antiguas, mostrar una asombrosa actualidad y unas aristas no imaginadas.

El reconocimiento de la existencia de un *ius* común, remoto y muy íntimo, de raigambre evolutiva, entre los humanos y los demás animales, que daría pie a los contratos entre nuestra especie y otras (como los lobos y los delfines), intuida por ese excepcional jurista del Medio Oriente, mucho colaboraría en el camino feliz del respeto hacia los otros seres vivientes y el descenso del *homo sapiens sapiens* de aquel trono estulto de soberbia y prepotencia que se ha construido a lo largo de siglos, pretendiendo torpemente velarse a sí mismo la comprensión de lo evidente, de lo obvio, de lo clarísimo.

Es decir, de su propia animalidad.

Bibliografía

Libros:

- Aelian, *On the Characteristics of Animals*, London, Heinemann, 1958.
- Barth, Heinrich, *Travels and Discoveries in North and Central Africa*, Nueva York, Harper, 1857.
- Catton, Chris, *Dolphins*, Nueva York, St. Martin, 1995.
- Frazer, James G., *The Worship of Nature*, Nueva York, Macmillan, 1926.
- Mech, L. David, Boitani, Luigi (eds.), *Wolves: Behavior, Ecology, and Conservation*, Chicago, University, 2003.
- Mori, Fabrizio, *The Great Civilisations of the Ancient Sahara. Neolithisation and the earliest evidence of anthropomorphic religions*, Roma, L'Erma, 1998.
- Rabinovich-Berkman, Ricardo D., *Derecho Romano para Latinoamérica*, Quito, Cevallos, 2006.
- *Derecho romano*, Buenos Aires, Astrea, 2001.
- *Sobre las sociedades con otras especies*, en *Nuevos debates en filosofía y ciencia política*, Mar del Plata, Facultad de Derecho, 2015.
- Shipman, Pat, *The Animal Connection, a new perspective on what makes us human* Nueva York, Norton, 2011.
- *The Invaders, How Humans and their Dogs drove Neanderthals to Extinction*, Cambridge, Harvard, 2015.
- Zime, Erik, *The Wolf, a species in danger*, Nueva York, Delacorte, 1981.

Artículos:

- Botigué, Laura *et al.*, “Ancient European dog genomes reveal continuity since the Early Neolithic”, en *Nature Communications*, 8, 2017, <https://www.nature.com/articles/ncomms16082>
- De Menocal, P. B., **Tierney, J. E.**, “Green Sahara: African Humid Periods Paced by Earth’s Orbital Changes”, en *Nature Education Knowledge*, 3(10):12, 2012, en <https://www.nature.com/scitable/knowledge/library/green-sahara-african-humid-periods-paced-by-82884405>.
- Florios, Daia, “Há 120 anos, golfinhos ajudam os pescadores de Laguna a pescarem”, en *Green Me*, 19/5/2015.
- Frantz, Laurent A. F. *et al.*, “Genomic and archaeological evidence suggest a dual origin of domestic dogs”, en *Science*, 352, 2016.
- Germonpré, M., Sablin, M. V., Stevens, R. E., Hedges, R. E. M., Hofreiter, M., Stiller, M., Despres, V. R., “Fossil dogs and wolves from Palaeolithic sites in Belgium, the Ukraine and Russia: osteometry, ancient DNA and stable isotopes”, en *Journal of Archaeological Science*, 36(2), 2009, pp. 473-490.
- Jackson, John G., “The African Origin of the Myths and Legend of the Garden of Eden”, 1933, <http://www.nbufront.org/MastersMuseums/JG-Jackson/AfricanOriginsOfMyths.html>
- Tomasello, Michael, Hare, Brian, Lehmann, Hagen, Call, Josep, “Reliance on head versus eyes in the gaze following of great apes and human infants: the cooperative eye hypothesis”, en *Journal of Human Evolution*, 52, 2007, pp. 314-320.
- Welsh, Jennifer, “Dolphins help Fishermen Catch Fish”, en *Live Science*, 1/5/2012

Sitios de internet (además de los ya citados, todos ellos verificados en abril de 2018):

- http://aars.fr/publications_en.html
<https://africanrockart.org/rock-art-gallery/libya/?lang=es>.
<http://www.livescience.com/20027-dolphins-work-fishermen.html>
<http://www.greenme.com.br/informar-se/animais/1856-ha-120-anos-golfinhos-ajudam-os-pescadores-de-laguna-a-pescarem>
<http://historicodigital.com/ulpiano.html>